

Charcas, historia e imagen

Inés Herrera

Moisés Gámez, Arturo Gómez y Luis Pedro Gutiérrez, *Imagen e historia minera. Charcas, siglos XIX-XX*, San Luis Potosí, Patronato para el Desarrollo Cultural de Charcas/Museo Regional Potosino/INAH/Cronistas Visuales del Estado/Conaculta, 2008

Esta obra está formada por ensayos de carácter histórico e imágenes obtenidas por la lente de los fotógrafos locales que captaron desde muchas facetas la vida de Charcas, ciudad minera centenaria, la primera en ser explotada en la región de San Luis Potosí. Tiene dos enfoques complementarios, el de los investigadores de la historia y el de los “atrapadores de imágenes”, cuya unión ofrece un panorama más completo y enriquecedor de la historia local, en tanto revive y enmarca los recuerdos de los lugareños y convierte a la historia en algo tan-

gible y motivador. Es una unidad afortunada para un público amplio. Sobre todo para la historia minera que está ahí, en las historias familiares, las tertulias y la memoria, en fotos, objetos, edificios, y en la esperanza de todo minero de encontrar otra vez la riqueza.

En la primera parte dos artículos nos dan una visión panorámica de la historia minera de Charcas de fines del siglo XIX y principios del XX, como marco explicativo de las imágenes que se incluyen en la segunda. Un tercer artículo, también de sesgo histórico, precede a las fotografías y reseña brevemente las biografías de los “fotógrafos de pueblo”, así como de su actividad desarrollada en Charcas durante el siglo XX. Cierra el libro un documento anexo del ingeniero Joaquín María González, “Apuntes relativos al mineral de Charcas, Estado de San Luis Potosí”, publicado en *El Estándarte* de San Luis Potosí, el 27 de octubre de 1903, y que constituye una importante fuente histórica para el estudio de este mineral.

Moisés Gámez y Luis Pedro Gutiérrez, historiadores potosinos de reconocido prestigio y autores de varias publicaciones sobre la historia minera de la región, presentan una visión histórica a largo plazo del mineral de Charcas, en la cual se aprecia que la actividad minero-metalúrgica resurge y se fortalece a fines del siglo XIX, se mantiene elevada durante el siglo pasado y vuelve a decaer en el último cuarto de dicha centuria, para convertirse en sitio expulsor de población, como tantos otros del norte minero.

En “Concesiones, perspectivas y escenarios mineros en Charcas decimonónico” Moisés Gámez nos adentra al gran cambio de la minería mexicana, y de Charcas, iniciado en las postrimerías del siglo XIX, y que pone fin a la grave situación de abandono que habían padecido estas minas durante un largo periodo. Es un ensayo original, que plantea nuevas interpretaciones sobre la propiedad y la empresa en el municipio de Charcas entre 1890 y 1910. Su trabajo parte de un panorama

general de la minería porfiriana como base explicativa del cambio minero charquense, donde se afirma que las transformaciones del sector minero mexicano son producto de la política económica y de fomento de los gobiernos liberales del último cuarto del siglo, dirigidas a modernizar la tecnología minera, la organización de las empresas, la administración de las mismas, el sistema de transporte y la legislación en la materia. Estas medidas impactaron en el volumen de la producción minera, en la diversificación de los productos extraídos, en el incremento de la producción de los metales preciosos y de los metales industriales como plomo, cobre y zinc, fuertemente demandados entonces por el mercado internacional, en el impulso a la formación de profesionales de la minería, surgimiento de nuevas asociaciones de empresarios mineros, etcétera.

En una segunda parte hace un análisis de la tendencia del otorgamiento de los títulos mineros en Charcas que, a juicio del autor, reflejan una visión de conjunto de la estructura de la propiedad minera: tipo de mineral explotado, dimensiones, propietarios, empresarios y empresas. La liberalización de las trabas que impedían el acceso a la propiedad minera posibilitó un mercado con numerosos tipos de propietarios que aspiraban explotar minerales. Los resultados muestran que las concesiones de títulos mineros crecieron gradualmente a partir de 1893, con fluctuaciones semejantes a las estatales y nacionales, y que la mayoría de títulos concedidos fueron de dimensiones reducidas, es decir predominaron las pequeñas propiedades; sin embargo,

quienes a la larga dominaron la extracción mineral fueron los grandes propietarios, quienes compraron estos títulos a los anteriores. Señala a este respecto la importante participación de los agentes económicos mexicanos sobre los extranjeros, y del predominio de las concesiones para extraer plata sobre otras sustancias minerales.

El surgimiento de empresas mineras se originó también de la concesión de títulos a grandes firmas, entre ellas la Compañía Minera El Tiro General S.A., y a la creación de nuevas empresas básicamente nacionales, pero también estadounidenses, inglesas y alemanas, como la Anaconda Mining Company, la Compañía Explotadora y Exploradora de la Mina de San Diego, y otras que funcionaron con modernas formas organizacionales y llevaron a cabo el proceso minero —según Gámez— con un nuevo enfoque basado en la exploración de minerales, investigación y estudio de expectativas de beneficios económicos.

Así, Charcas se convirtió a fines del siglo XIX en el tercer centro minero del estado de San Luis Potosí, explotando básicamente plata, además de cobre, mercurio, plomo y oro. La imagen de este mineral que nos presenta Moisés Gámez es el de una ciudad minera industrializada, moderna, dinámica, unida al resto del país y a los mercados internacionales por nuevas vías férreas, descripción que en nada recuerda al viejo real de minas de los siglos anteriores.

En “Trechos de historia minera, Charcas a grandes rasgos, siglos XIX-XX” Luis Pedro Gutiérrez bosqueja dos siglos de historia de

Charcas basados en la minería como principal fuente de sustento, a través de la descripción de aspectos como los ordenamientos territoriales desde el siglo XVIII hasta finales del XIX, las empresas formadas en Charcas en dicho periodo, las características geológicas, el sistema de vetas y las minas localizadas sobre cada una de ellas, el movimiento de la producción mineral, la infraestructura tecnológica, las vías de comunicación, las condiciones laborales y la población minera.

La producción minera charquense en el siglo XX, de acuerdo con Gutiérrez Cantú, registró una baja de los volúmenes productivos durante la Revolución mexicana de 1910 que no se recuperaron sino hasta la década de 1920, de ahí en adelante tuvo un movimiento ascendente sostenido y sobresaliente entre 1986 y 1993, cuando se expandió la capacidad instalada de las empresas. El ascenso de la producción minera desde el siglo XIX se originó en los cambios de la tecnología minero-metalúrgica y en la infraestructura caminera y del transporte de los siglos XIX y XX.

El auge minero de Charcas del siglo XX significó el crecimiento de la ciudad, del comercio, de la población local y de la mano de obra empleada en los minerales hasta los años ochenta. La población dejó de crecer en Charcas a fines de esa década, el censo de 1990 registró un estancamiento con respecto al de 1980, y los de 1990 y 2000 una contracción demográfica que denotaba el cierre del ciclo minero de auge y la declinación de la vida económica y social. Sería importante relacionar este descenso poblacional en

Charcas con el ciclo corto del auge minero 1986-1993 y las condiciones en que operaba la empresa.

A esta historia de la minería de Charcas, basada en fuentes archivísticas y bibliográficas, se agrega la otra, la de la memoria gráfica captada por las cámaras de los fotógrafos de Charcas acerca de las tareas mineras de superficie y subterráneas, la vida cotidiana, la arquitectura local, acontecimientos políticos, económicos, sociales y privados. Los autores de las fotografías son tres ilustres hijos de esta ciudad (dos por adopción): don Alberto Zaragoza Mora, que nos muestra la “Minería y metalurgia a través de su lente”; don José Cruz Carbajal Carbajal, pionero de los trabajos fotográficos de Charcas, y don Joel Arriaga Cancino, que nos ilustra sobre “La vida cotidiana minera”.

Arturo Gómez, en su artículo “Charcas visto por sus fotógrafos en el siglo XX”, nos cuenta las historias de vida de estos fotógrafos. Allí, es él quien los retrata al describir las vicisitudes que debieron enfrentar para llegar a ser profesionales de la fotografía.

Su trabajo es también un relato de la historia de Charcas del siglo XX vista a través de las biografías de estos fotógrafos. Las circunstancias que rodearon la vida de cada uno desde su infancia, la movilidad de las familias entre diferentes ciudades y su radicación definitiva en Charcas, las dificultades para acceder a una educación formal, la forma como se allegaron recursos para formar sus estudios y laboratorios, el apoyo y hasta los vínculos familiares que se dieron entre ellos, etcétera.

De los tres, quizá José Cruz Carbajal (1930-1973) sea quien tuvo una vida más azarosa, ya que desde muy pequeño debió buscar sus propios medios para sobrevivir, trabajar en actividades mineras, artesanales y en diversos oficios para mantener a su familia, mientras al mismo tiempo se iniciaba en la actividad fotográfica, primero como aficionado y luego buscó aprender cada vez más respecto a técnicas de tomas y revelado, para finalmente abrir su propio estudio y laboratorio. Los tres fotógrafos estuvieron en contacto profesional y familiar: Joel Arriaga Cancino fue cuñado de José Cruz, a su vez compadre de Alberto Zaragoza.

El origen de las ilustraciones sobre Charcas, y de este libro, debe buscarse en el Programa de Cronistas Visuales del estado de San Luis Potosí, que comenzó en el Museo Regional Potosino (MRP) del Instituto Nacional de Antropología e Historia. El proyecto pretende mostrar imágenes y la narración de acontecimientos históricos de todos los municipios de San Luis Potosí. Su inicio fue un exhaustivo trabajo de recuperación, escaneo, catalogación de imágenes captadas por los fotógrafos de distintos municipios y la búsqueda de especialistas en fotografías de cada lugar para entrevistarlos, y a través de estas historias orales recobrar y salvar un patrimonio tangible e intangible en riesgo de perderse. Los resultados del proyecto del MRP hasta ahora han sido relevantes, registros gráficos de catorce municipios, quince fotógrafos, nueve coleccionistas y 19200 imágenes.

Los materiales incluidos en el libro sobre Charcas provienen de

dicho proyecto. Primeramente se hizo una revisión de los acervos de cada fotógrafo y luego una selección de negativos y positivos; se entrevistó a los fotógrafos y familiares para reconstruir el contexto donde se desarrolló su actividad profesional, su trayectoria en términos histórico-culturales, su entorno, y otros aspectos de su vida privada y social. Esta metodología buscaba conocer además otros elementos del medio social donde vivieron.

La primera actividad del programa Cronistas Visuales del Estado fue una exposición fotográfica de Charcas de Joel Arriaga Cancino, realizada en noviembre de 2000 en el Museo Regional Potosino y titulada *Cuando la muerte llegaba... así se usaba en mi pueblo*, con retratos del siglo XX, expresiones de la vida cotidiana, transformaciones urbanas, etcétera..

Tal como se señala en la introducción del libro, esta publicación se enmarca también dentro de la celebración de los 55 años de existencia del Museo Regional Potosino del INAH, que ha llevado a cabo por más de medio siglo la conservación, preservación y difusión del patrimonio histórico de los mexicanos en el estado de San Luis Potosí, cumpliendo de esa manera las funciones fundamentales del propio INAH.

Esta fructífera alianza entre los que construyen la historia, los que la ilustran con imágenes realistas, verídicas y de carácter documental, aquellos que la rescatan, protegen y difunden y las comunidades que los apoyan en sus tareas, son en su conjunto los verdaderos protectores de nuestro patrimonio histórico.